



COSITAS ANTIGUAS

La Primera Guerra Mundial

Por Carlos Robreño

¡Qué ajeno estaba sin duda alguna, aquel estudiante serbio de que la llama de los pistoletazos que disparara la tarde del 28 de julio de 1914 en Sarajevo, capital de la Bosnia contra el Archiduque austriaco Francisco Fernando y su bella esposa habría de ser la chispa que encendiera la mecha del polvorín europeo dando origen a la conflagración que más tarde se convertiría en universal, iniciando una nueva etapa en la historia de la Humanidad!

Ciertamente el mundo vivía, a principios de siglo, a compás de los vales vieneses, una era de paz y sosiego como difícilmente la había disfrutado anteriormente y no era bastante para alterar aquel ritmo pausado la guerra italo-turco, el insoluble problema de los Balcanes, las aparatosas maniobras militares de la orgullosa Alemania de Guillermo II de Hoenzollern en 1911, ni el espíritu revanchista que rumiaba todo francés después del desastre de Sedán. Contribuía a sostener este equilibrio europeo la ratificación de una "triple entente" entre Inglaterra, Francia y la Rusia de los Romanoff, que contrapesaba los ardores bélicos de la triple alianza integrada por los dos imperios centrales: alemán y austro-húngaro y la meridional Italia.

La muerte violenta del archiduque y su esposa, que confirmaba el trágico sino de la fatal casa de los Hapsburgo, constituyó un duro golpe para el corazón del viejo Francisco José, quien inmediatamente envió un ultimátum, de condiciones inaceptables, a la pequeña Serbia que respaldada por el coloso moscovita, lo rechazó de plano. Los ejércitos austríacos se movilizaron a la orilla del Danubio, mientras los legendarios cosacos del Don se aprestaban a hacer buenos sus ofrecimientos amistosos. ¡Ha estallado la guerra europea!

Pocas horas después Alemania ratificaba adhesión a su poderoso aliado, declarando el canciller Behtman Hillewd que los tratados son papeles mojados, mientras Italia proclama su neutralidad, Rusia, por su parte, pide de las potencias occidentales inglesa y francesa, el cumplimiento de la entente y dos días después, el viejo continente europeo, desde los Pirineos hasta las heladas estepas es una gigantesca pira, formidable escenario guerrero.

¿Cómo se recibió la noticia en La Habana? Pues sencillamente, sin gran trascendencia, un mensajero del cable, cabalgando sobre una modesta bicicleta, llevaba a las redacciones de los principales diarios, envuelto en pequeño sobre, un papel amarillo en el que se daba cuenta en breves palabras del atentado de Sarajevo. Y cerraba la breve información un lacónico "Stop".

Sin embargo, aquellas cuatro palabras, con

su erróneo "stop" al final señalaban precisamente el inicio de un proceso turbulento a través de los cinco continentes y los siete mares que hoy, al cabo de cuarenta y tantos años, amenazados por una tercera guerra de proporciones incalculables, aun no ha tenido solución.

Los despachos sucesivos, llegados por el hilo cablegráfico, pronto revelaron la gran trascendencia del hecho y los diarios informativos se apresuraron a contratar servicios exclusivos con que nunca habían contado, pues no se concretaban a las empresas norteamericanas, sino también las europeas agencias de "Reuter" y "Havas" fueron requeridas. Los cintillos de primera plana eran dedicados, como es fácil comprender, a las noticias bélicas. La marcha de Von Kluck sobre París. El hundimiento en los mares del Norte del acorazado donde viajaba Lord Kitchener, Ministro de Guerra inglés, por un submarino alemán. El avance ruso en la Prusia oriental y en la Galitzia austriaca. El plan de Galliene para defender la Ciudad Luz de la invasión prusiana. El milagro del Marne, como se le llamó a la maravillosa operación de flanqueo llevada a cabo por las tropas de Joffre, haciendo retroceder a los teutones, etc., etc.

Las ediciones de los periódicos eran arrebatadas a los vendedores en los primeros días del conflicto por el público, ávido de seguir paso a paso tal contienda y pronto las simpatías estuvieron divididas, aunque debemos advertir, en honor a la verdad, que los partidarios de los aliados centuplicaban el número de los escasos germanófilos.

Como en aquellos días empezaron a invadir las calles de La Habana los pequeños automóviles Ford (los populares "fotingos") en servicio de alquiler, los cocheros se aprestaron a la defensa y para contrarrestar la competencia de las carreras a veinte centavos, ellos rebajaron sus tarifas a la mitad de precio. Esta medida no fué secundada por todos los aurigas y para diferenciarlos en la calle, los que llevaban pasajeros por un real, pintaron en sus faroles una franja roja. Y a éstos, el ingenio del pueblo los bautizó con el nombre de "aliados".

En el teatro "Alhambra", siempre fiel a la actualidad, estrenó el fecundo Federico Villoci un sainete titulado igualmente "Aliados y Alemanes" y en la parte musical incluyó al cubanísimo Jorge Anckermann una rumba que interpretada por Blanca Becerra y Sergio Acebal, pronto alcanzó los máximos honores de la popularidad.

Como en aquellos primeros tiempos la guerra ardía muy lejos de nosotros, el pueblo cubano sin dejar de mostrar su adhesión a la causa aliada, vivía reposadamente sin sospechar que un día también este país se habría de ver envuelto en tan enorme conflagración, pero ya esto será objeto de otra crónica aparte en su debida oportunidad.

M. Julio 29/52